

LA DECEPCIÓN COMÚN*

ANDREA POTESTÀ**
UNIVERSIDAD DE ESTRASBURGO

RESUMEN

El artículo intenta describir el rasgo fundamental de los debates contemporáneos franceses alrededor de la comunidad con la ayuda de un análisis de la disposición emotiva de la «decepción». La decepción, pensada como disposición no negativa frente al fin de los ideales políticos, representaría el nudo central de la tarea deconstructiva en relación a la filosofía política: ella obliga a abandonar la posibilidad de «deducir» y de «solucionar» la cuestión política del estar-en-común a través de una fundamentación racional, y a enfrentarse a la imposibilidad de un recurso teórico capaz de «axiomatizar» la noción de la comunidad. Ese rasgo, esencialmente próximo a la postura nihilista nietzscheana, exige entonces correr el riesgo, o asumir filosóficamente el desafío, de tener dentro del pensamiento de la política el principio catastrófico de su concepto.

PALABRAS CLAVE: Comunidad, decepción, deconstrucción, Friedrich Nietzsche, Jean-Luc Nancy, Jacques Derrida.

THE COMMON DECEPTION

The article tries to describe the fundamental gesture of contemporary French debates around community with the help of an analysis of emotive disposition of «deception». Deception, considered as a non-negative disposition in front of the end of political ideals, would represent a central climax of deconstructive task concerning political philosophy: it forces to abandon the possibility of «deduce» and «solve» the political question of being-in-common through a rational basis, and to the impossibility of theoretical recourse able to «axiomatise» the notion of community. That gesture, essentially close to a Nietzschean nihilistic posture, demands to risk, or philosophically assume the challenge, of having into the thinking of the political a catastrophic principle of his concept.

KEY WORDS: Community, Deception, Deconstruction, Friedrich Nietzsche, Jean-Luc Nancy, Jacques Derrida.

* Artículo recibido el 22 de abril y aprobado el 28 de junio.

** Andrea Potestà es profesor visitante en la Universidad de Chile, en la Universidad Alberto Hurtado y en la Universidad Diego Portales. Obtuvo un doctorado en Filosofía en la Universidad de Parma (Italia) y otro en la Universidad de Estrasburgo (Francia). Enseñó en Francia en la Universidad de Estrasburgo y en la Universidad de Metz. Es autor de un libro en italiano sobre Kant (*La "pragmatica" di Kant*. Milano: Franco Angeli, 2004), de un libro en francés sobre Platón (*Voyage à Syracuse*. Paris: Phocide/Portique, 2009) y de varios artículos sobre Heidegger y Derrida.

1.

Les voy a decepcionar.

Lo lamento, pero, por un lado, creo que es inevitable cierta decepción frente al problema de la comunidad en los debates franceses contemporáneos que voy a tomar en cuenta acá, por lo menos desde el punto de vista de su «traductibilidad» política; por otro lado y de manera más general, hay que reconocer lo siguiente: que el tema de la comunidad nació y dio lugar a discusiones en los últimos cuarenta años precisamente en la medida en que se planteó como la *sublimación filosófica* de una cierta *decepción política*. La cuestión moderna de la comunidad se movió dentro de una lógica hecha de cortes y de fisuras, de saturaciones conceptuales y de renunciaciones teóricas, de abdicaciones ideológicas y de brechas filosóficas contradictorias.

Se podría pensar, tal vez, que eso no es solamente un motivo propio de los últimos decenios, sino que desde la primera problematización filosófica de la política, desde *La república* o, por lo menos, desde la *Carta VII* de Platón, hasta todos los planteamientos modernos de la *Gemeinschaft*, y, en toda continuidad, hasta la discusión alrededor de una comunidad «inoperante» o «inconfesable», nunca cambió el motivo de una cierta sublimación de la decepción. Si la «decepción» no es otra cosa que la otra cara de una esperanza frustrada, sería por eso consustancial a toda ilusión de fundamentar lo político sobre lo racional, de darle su lugar propio (aunque utópico), en tanto lo político siempre se construye, inevitablemente, como un espacio parcial, irresuelto, y constitutivamente inagotable.

Sin embargo, al hablar de «comunidad y decepción», quiero referirme a algo distinto, a un pliegue peculiar de la disposición emotiva evocada, a una experiencia o a una prueba *más esencial* de la decepción. Y creo que entender la especificidad de la decepción filosófica frente a la comunidad puede permitir una comprensión del motivo del extrañamiento y de la desorientación, o del retraimiento¹ de sentido que le es propio.

No se trataría de hecho sólo de la decepción política: esta última implica un desencanto, una desilusión desde un ideal o, según la indicación de Maurice Blanchot, un *des-astre*, la pérdida del astro², es decir, lo que Platón, en la *Carta VII* describe, a su manera, como una «situación donde todo [va] a la deriva»³. Esta sería la formulación de una desilusión, de una esperanza fracasada, de la experiencia del desengaño, del fin de un ideal. Y consistiría entonces esencialmente en un movimiento negativo o de negación: desde

1 Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy empezaron sus investigaciones en el *Centre de recherches philosophiques sur le politique* precisamente con ese motivo. Cf. Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *Le «retrait» du politique*, en *Le retrait du politique* (Paris: Galilée, 1983), 183-200.

2 Cf. Maurice Blanchot, *L'écriture du désastre* (trad. P. de Place, Caracas: Monte Avila, 1987).

3 Jean-Luc Nancy, *La comunidad inoperante* (trad. J. M. Garrido, Santiago de Chile: LOM, 2000), 110 [traducción modificada].

la esperanza en lo posible, hasta la comprensión de la ineluctabilidad de lo imposible, pasando por el motivo del fracaso, del naufragio, de la ruina.

Mientras que, a la inversa, lo que quiero evocar con el tema de «decepción y comunidad», lo que quiero nombrar con eso, es distinto de la mera desilusión, y constituye, creo, una experiencia deceptiva enteramente contemporánea y que se conoció únicamente, o por lo menos en el modo más radical, frente a la cuestión de la «comunidad» o de su experiencia pensante. Lo que ocurrió –y que, creo, no puede no seguir ocurriendo frente a esa cuestión– no se deja indicar simplemente bajo la cifra de una «crisis de los ideales», de la pérdida del astro, o del eclipse de las ilusiones y del encanto político. Es claro que, por un lado, todo eso detalló indudablemente la reflexión contemporánea sobre el espacio político. Pero, por otro lado, la decepción frente a la comunidad no consiste solamente en el hecho de señalar la necesidad de «dar la vuelta» a los ideales, no corresponde únicamente a un impulso «negativo» o «destructivo». La decepción que reunió esos pensadores modernos de la comunidad (Bataille, Blanchot, Nancy, Esposito, Agamben, entre otros) obliga a un giro más largo que el del mero desencanto o de la simple *comprensión teórica* del desastre: la decepción en qué nos pone la comunidad tiene una connotación más performativa que conceptual, capaz de contaminar igualmente el asunto de la desilusión. Es tan hiperbólica que afecta íntimamente la postura filosófica frente al desastre e imposibilita la mera negatividad, nostálgica o melancólica (por ejemplo, la de Platón en la *Carta*). Vale decir: la decepción que me parece fundamental evocar al hablar de comunidad implica que no podemos ni siquiera abandonarnos al abandono, enfrentarnos a la ausencia del «astro» o al fin del encanto. La comunidad, su tema, su comprensión, es entonces de partida el nombre de una cuestión que no puede cumplirse o resolverse, ni siquiera en términos negativos, en términos de «renuncia», sancionando el «fin del encanto», sino que es una cuestión cuya ineludibilidad implica salir de todo esquema teórico, de toda «tela de juicio», obliga a *suspender el saber de la comunidad*, para encontrarse radicalmente en suspenso frente a su asunto deceptivo infinito, frente a un inagotable agotamiento.

2.

Les voy a decepcionar, entonces, *pero* –si puedo poner ahí un «pero», si existe acaso la instancia de un recurso frente a la decepción– lo hago en vista de desplegar los rasgos de un cierto «abismo» filosófico, de una cierta transformación del régimen del sentido que se requiere con la palabra «comunidad», que consiste también en el desafío de una cierta persistencia deconstructiva.

Es una transformación que involucra naturalmente una reconsideración filosófica de la política, y que sin embargo, me parece, puede llevar aún más

LA DECEPCIÓN COMÚN

allá de ello: la especificidad del tema de la comunidad obliga a reconsiderar enteramente la cuestión del sentido de una «filosofía política», implica cambiar de actitud frente a su *praxis*, a su *telos* y a su *arquía*; se podría decir que obliga a realizar una revolución –pero no una revolución *política*, lo que la involucraría en la tarea clásica de una desestabilización del poder y de la justicia–, sino una revolución *de la política*, lo que exige más profundamente la suspensión del espectro del poder en todo *discurso* sobre la justicia.

La complejidad consiste entonces en un doble efecto contradictorio que se podría expresar así: si, por un lado, la comunidad demanda que encontremos un modo para ser justos con la cuestión del común, para respetar esta cosa extremadamente frágil que es la *justicia del estar-juntos*, por otro lado, aunque nos esforcemos para hacerle justicia, para restituirle lo suyo, para no forzar su idea o no estropear el «concepto de comunidad», y *precisamente en la medida de ese esfuerzo*, ya producimos su catástrofe, su malentendido, su denegación. Esta complejidad transforma la interrogación en torno a la comunidad, que no puede más orientarse únicamente a esclarecer su concepto (porque eso implicaría precisamente producir estructuras unitarias de sentido que le asignan una *arquía*, un *telos* y una *praxis*), sino que debe ahora esencialmente medir la imposibilidad de todo refugio conceptual y empujar todos los saberes tranquilizadores.

Para preservar la consistencia de esta oscilación, se trata entonces de suspender el asunto del *saber* de lo político, de destituir filosóficamente la idea de un *poder* racional, o de desarmar la «soberanía filosófica» en la comprensión del «estar-en-común». E incluso de indicar un vínculo irreductible que nos obligue, más que a definir su tarea, ante todo a *velar* por que el pensamiento resista frente a su no-poder, a *velar* por que el vínculo filosófico de la comunidad consista en el abandono de las posibilidades de «deducir» y de «solucionar» la cuestión política del estar-en-común. Ese sería entonces el desafío filosófico moderno de la «comunidad», lo que implica al mismo tiempo una decepción, por así decir, *exponencial*: tanto frente a la ilusión política del pasado (los ideales con los que se creía poder fundamentar lo político), como frente a la supuesta desilusión *de la política*, eso es, de la posibilidad de un discernimiento perfecto de lo político después el fin de los ideales.

3.

No se trata entonces de un problema simple. No se trata en lo absoluto de un *problema*, si pensamos en el sentido etimológico de esta palabra, en tanto «cosa frente a nosotros»: la comunidad sería más bien lo que impide un enfrentamiento *teórico* de la política, y que exige un movimiento doble, destructor, infinitamente paradójico y ambiguo, muy parecido al nihilismo de Nietzsche.

«El filósofo nihilista –dice Nietzsche– está convencido de que todo acontecer no tiene sentido, de que todo sucede en vano y también de que no debería existir nada sin sentido ni en vano». Dos movimientos simultáneos estarían, entonces, implicados: por un lado, la comprensión de la *falta de sentido*, esto es, de que «todo suceda en vano», sin razón, sin predeterminación o sin recursos teleológico; pero, por otro lado, la comprensión de una *falta de la falta*, es decir, de que el «en vano» no soluciona el pensar, no alcanza suspender su inquietud, no nos ofrece una solución teórica frente al *nihil* del sentido. Por eso, agrega Nietzsche en la misma página: «quedaría por preguntar si, de alguna manera, es posible ver el “sentido”, la “finalidad”, si la cuestión de la falta de sentido, o la contraria, no serán insolubles para nosotros»⁴. Nietzsche está acá radicalizando la postura filosófica frente al *nihil* a través de una alternativa sin resolución y de una instancia performativa: el pensamiento se expone a una «falta hiperbólica» de sentido, que comprende la falta, y que excede esa misma comprensión. Y concluye Nietzsche: «El nihilismo es entonces la consciencia de un largo despilfarro de las fuerzas, la tortura del “en vano”, la inseguridad, la falta de oportunidad para rehacerse de alguna manera, de tranquilizarse todavía con cualquier cosa; [...] la disolución en un estado de nada universal. [...] Por tanto, la decepción [*Enttäuschung*] sobre una supuesta finalidad del devenir es la causa del nihilismo: sea una decepción en relación a un fin completamente determinado, sea generalizando la consideración de la insuficiencia de todas las hipótesis del fin sustentadas hasta ahora»⁵.

Acá está, a mí parecer, enunciado lo propio de la diferencia entre decepción y desilusión que señalaba antes. Hay desilusión, cuando se debe suponer que algo, un ideal por ejemplo, terminó, resultó infructuoso y merece ahora una denegación. Ahí se puede preguntar: ¿qué queda de eso? Y se responde: no queda una nueva substancia, pero en un sentido *queda* la idea de una substancia anterior, perdida, negativa. Lo que queda es poco, pero se puede seguir pensando ese «poco» que queda en la nostalgia, por ejemplo. Con la decepción, en cambio, no queda nada. *Queda la nada*, la «nada universal», como dice acá Nietzsche, eso es, el borrarse de una contrariedad, el desaparecer de un «problema» y, con eso, de la posibilidad de articularlo resolutivamente. Así se produce performativamente el imperativo de asumir «la tortura del “en vano”», como la llama Nietzsche. Pero frente a ella, no se trata solamente de hacer el esfuerzo teórico para *entender* la contradicción, de trabajar con su propio oxímoron, a fin de permitir otra aproximación a la nada, como si, en el «en vano» del sentido hubiéramos encontrado una supuesta nueva «meta» o nuevo *telos* del pensamiento. El pensamiento, a la inversa, no cesa ahora de tocar su propia imposibilidad, su propio «en vano» performativo, en la medida en que el tercer término

4 *Ibid.*, p. 78.

5 Jean-Luc Nancy, *El sentido del mundo* (trad. J. M. Casas, Buenos Aires: La Marca, 2003), 91.

LA DECEPCIÓN COMÚN

dialectico, la finalidad de su operación, no cesa de faltar. Ahora, no solo se comprende *que algo falta* (el valor, el sentido, Dios – o: el ideal, el modelo político, el astro), sino que estamos frente a una infinita *falta de la falta*: hace falta la posibilidad teórica de abandonarse a la ausencia de ideal, porque el «en vano» es una «tortura» que reaparece y resurge siempre de nuevo: es una «agonía infinita»⁶ que no deja de inquietar y parasitar el pensamiento.

Del mismo modo, surgió o apareció la cuestión de la comunidad: el pensamiento de la comunidad se enfrentó a una falta de sentido, a la «nada» o a la «ausencia de finalidad» del espacio común y, al mismo tiempo, no quiso abandonarse a esa nada o al sin sentido. Así como el filósofo nihilista no encuentra y no puede encontrar una comprensión satisfactoria del «en vano», la comunidad no se aproxima a su objeto, no lo alcanza, porque ese «objeto» no puede ser encontrado con un acto tranquilizador: no es más el «pueblo», ni la «nación», ni el «estado», ni la «gente» – ni el «soberano», ni la «patria», ni la «familia», ni la «ley», ni el «común». El sueño político de articular un problema con un esclarecimiento conceptual de esos términos se acaba o hace falta, y no queda otra cosa que una (des)articulación aporética de la comunidad, no queda otra cosa que el enigma de un «estar-en-común» que escapa constitutivamente a la tarea de una filosofía política, y al cual pertenecemos antes de toda pertenencia axiomática.

4.

El pensamiento de la comunidad nos expone a la imposibilidad política de un «común orgánico», y muestra que toda totalización del sentido es íntimamente ideológica y mitológica. La comunidad designa en Jean-Luc Nancy lo que desarticula o des-opera el «común», es decir, es lo que conlleva la interdicción de toda «fusión», de toda comunión inmanente que, en cuanto tal, haría imposible el com-parecer recíproco de las singularidades. La comunidad debe entonces ser concebida más allá de la substancia, del *telos*, del cumplimiento de un proceso o de una «obra», y es por eso mismo, como se lee en *La communauté désoeuvrée*, «más un acontecimiento que un ser». La comunidad es para Nancy el acontecimiento y la experiencia primitiva de una falta de ser (común).

Pero, al decir eso, al pensar la comunidad como una falta, Nancy no está suponiendo un *valor perdido*, u otro valor capaz de restituirle una consistencia nocional y política. A la inversa, la interrogación de Nancy expone la necesidad de pensar la comunidad como un espacio vacío, como un lugar abierto de cuestionamiento infinito: la necesidad de una exposición filosófica de la política a la ausencia de legitimidad fundadora, la necesidad por lo tanto de una resistencia a toda intención «operativa» u «operante» – la necesidad de un «comunismo literario»⁹ que sea capaz de llegar al límite, de

6 Nancy, *La comunidad inoperante*, 107.

interrumpir toda ilusión, de *poner juego o en obra la inoperosidad más radical*. La verdad de la comunidad no consiste en su *opus*, en su operatividad política, sino en la *praxis* de su interrupción, que la escritura filosófica debe *obrar*. Así, si por un lado la comunidad implica la experiencia de una falta de ser, por otro lado, Nancy quiere asumir *el ser de esta falta*, quiere ocupar filosóficamente el lugar de ese imposible, y en esa medida, desbordar la mera comprensión de una precariedad conceptual.

Así, se ve de nuevo en qué sentido el pensamiento de la comunidad no es solamente un modo para asumir o para enfrentar el fin de los ideales comunitarios, sino que se trata más bien de englobar el desastre *en* el pensamiento, de hacerse cargo del vacío generado por él, y transformar performativamente las condiciones de la relación del pensamiento con la cuestión política. Es preciso afirmar, de hecho, que el gesto de Nancy no pretende comprobar el carácter «insuficiente» o «erróneo» de los fundamentos políticos de la comunidad (según un movimiento que sería todavía negativo), sino que quiere más bien mostrar el carácter «demasiado suficiente», demasiado auto-suficiente y auto-normativo al cual inevitablemente se expone toda fundación de la comunidad. Por lo tanto, Nancy quiere desvincular la noción de «estar-en-común» o de «con» de toda ideología que aspire consignarla a cualquier tipo de substancia o de identidad, y así romper definitivamente todo vínculo indisoluble entre los individuos (ya sea el de un «contrato social», el de la patria o el de la tierra natal, del mito de un común teleológico). Hay que pensar la comunidad a partir de (o como) la imposibilidad de su fundación, mostrando en qué medida todo *telos* hace del común una representación intelectual inadecuada. Vale decir: hay que exponer la cuestión de la comunidad a la «nada de la soberanía», como había propuesto George Bataille. «Comunidad y soberanía –dice Nancy– constituyen así el cruce de caminos que también es, sin dudas, la cruz de toda la política [...], constituyen la mejor representación de toda la apuesta occidental por el sentido entre la interioridad apropiativa y la exterioridad inapropiable»*.

El pensamiento de la comunidad coincide con la más radical «inoperosidad» de la comunidad así como de la soberanía, y asume la tarea de destituir su ejercicio deductivo y conceptual, y de desviar el foco de atención del común o de la soberanía hacia la *praxis* que es el compartir (*partage*) de las existencias individuales. La soberanía del pensamiento sobre la comunidad no se puede ejercer más sin que se haga inmediatamente «dominación ideológica»: y por eso Nancy quiere que no se *ejerza*, sino que se *exceda*. En un sentido, todo el ejercicio del pensamiento propuesto por Nancy a través de la palabra «comunidad» consiste en exceder el sentido de la comunidad, en mostrar la exigencia de desvincularse de la apropiación de su sentido, en revelar su falla constitutiva – y con eso, en mostrar que el sentido de la comunidad coincide con la circulación infinita de su

LA DECEPCIÓN COMÚN

cuestionamiento. La comunidad entonces es lo que, al no tener esencia, nos impone pensar a partir de una ausencia. No se discute de la comunidad política como «producto» del pensamiento, sino del «estar-en-común» que nos tiene juntos *en* el pensamiento de la política.

Pues no se trata aquí de nada menos que de un riesgo del pensamiento, un riesgo que Nancy quiere correr y hacer correr a la «filosofía política», y que intenta precisamente decepcionarla, pero también hacer de la decepción el término de un desafío: el de representar lo irrepresentable, de «exponer el inexponible» en el cual la comunidad tiene lugar y se dispone como una cuestión capaz de sostener el peso de su imposibilidad:

Habría entonces desde ahora una tarea indisociable, y aun acaso indiscerniblemente «filosófica» y «comunitaria» (una tarea de pensamiento y de política, si estas palabras pueden cuadrar sin otro examen), que sería la tarea de exponer el inexponible *en* [del estar-*en-común*]. De *exponerlo*, vale decir de no presentarlo o representarlo sin que esta (re)presentación sea ella misma, a su vez, el lugar o lo que está en juego de una exposición: no sin que el «pensamiento» se arriesgue en ella y se abandone a la «comunidad» y la «comunidad» al «pensamiento».⁷

Este sería entonces el programa sobre la política – sin ningún programa político – de Nancy, en el cual la política no es comprendida en cuanto pesquisa del sentido, sino en cuanto «anudamiento infinito del sentido de uno a otro, o en tanto anudamiento de este infinito que *es* el sentido»⁷. El punto de disolución de la comunidad, es entonces esencialmente idéntico al punto de reafirmación de una tarea infinita de lo político y de la afirmación, igualmente esencial, de la *decepción común* frente a su sentido. Es un gesto de afirmación que no «resuelve» nada, y que al contrario afirma la nada de cualquier «obra» y de cualquier «solución», que acepta la suspensión del sentido y, por consiguiente, la ineluctable finitud de todas sus puestas en obra. «La política –dice Nancy– no afirma: da cabida a las exigencias de la afirmación; no expresa el “sentido” o el “valor”: hace posible que estos encuentren su sitio y que ese sitio no sea el de una significación terminada, realizada y reificada, que pueda reivindicarse como figura consumada de lo político»⁸.

5.

De ahí, emerge un rasgo «positivo», o –mejor–, *excesivo*, de la decepción, opuesto al simple motivo negativo de la desilusión: es un rasgo *exorbitante* –de nuevo según la metáfora del astro, que ahora no solo está ausente, sino que nos obliga a *salir de su órbita*– en el sentido que la decepción impone el

⁷ Jean-Luc Nancy, *La verdad de la democracia* (trad. H. Pons, Madrid: Amorrortu, 2008), 47.

⁸ Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia* (trad. P. Peñalver, Barcelona: Anthropos, 1989), 108.

pensamiento performativo de la «falta de falta» y obliga a salir de la lógica de la pérdida. Lo que se modifica es la relación filosófica que está implicada: no se piensa más con la noción de comunidad en términos de «objetos del pensamiento» que habría que manipular, transformar, modular de modo nuevo para alterar las condiciones de su propia posibilidad, ni se la piensa según la mera falta de condiciones. Sino que se pide un gesto suspensivo y a la vez performativamente capaz de transformar, de «ex-orbitar», los términos del discurso filosófico acerca de la política – de transformarlos, pero sin abandonarse al abandono. Se trata de exceder una alternativa, la alternativa entre transformar la decepción en nueva esperanza, y reducirla a mera negatividad nostálgica.

Habría entonces que pensar aquello que llamé «decepción filosófica de la comunidad» en su propio desafío. El desafío y el riesgo de tener dentro de nuestro pensamiento de la política el principio catastrófico de su concepto. Es un desafío infinito y abismal: no alcanzaremos a realizarlo (eso sería de nuevo quedarse en la promesa y en la ilusión de una solución), aunque no podemos no tentarlo. Es un desafío paradójico –o tal vez es más precisamente un «desafío», en el sentido originario de esta palabra: lo del *de-fideo*, del retirar la fe, del deshacer la promesa o la confianza en la cosa que se pone, en tanto transgresión radical de lo esperado.

6.

A Derrida se le ocurrió escribir lo siguiente: «...déjenme esperar en esta “decepción”. ¿Qué es una decepción? Ello obliga al menos preguntar por qué esperábamos, por qué esperábamos esto o aquello, desde esto o aquello, desde aquel o aquel otro. La decepción es siempre la mejor incitación a las cuestiones y a las reflexiones»*. De eso se trataría con la palabra comunidad: de correr el riesgo de *esperar en la decepción*, de pensar con ella, de interrumpir la espera de hacer de la comunidad un tema, la perspectiva de encontrar su término y el acceso resolutivo a su demanda, y de «incitar a una cuestión» que, perteneciendo a lo político, no cesa sin embargo de salir de su órbita.

La comunidad no es un tema. O si lo es, es un tema que dice muy poco, casi nada. Tal vez, otra cosa que algo. Y en este sentido, no sería solamente un problema político, sino por encima de todo la experiencia más exigente, más inagotable, más intratable, de la «esencia» de lo político: una decepción frente a él, a través de la cual lo político se enfrenta a su nada, a su falta de fundamento, y el pensamiento se encuentra en la falta de la falta, en la infinitud de una tarea que le pide franquear la distancia hacia una imposible fundación de lo político y que lo arrastra desde su límite teórico. La comunidad no sería nada más que la *frágil instancia* del pensamiento de la cual habló Derrida:

LA DECEPCIÓN COMÚN

Comunidad de la cuestión, pues, en esta frágil instancia en que la cuestión no está todavía suficientemente determinada como para que la hipocresía de una respuesta se haya inducido ya bajo la máscara de la cuestión, como para que su voz se haya dejado ya articular fraudulentamente en la sintaxis misma de la cuestión [...], en que la cuestión no ha encontrado todavía el lenguaje que ha decidido buscar, no se ha asegurado en éste todavía acerca de su propia posibilidad. Comunidad de la cuestión acerca de la posibilidad de la cuestión. Es poco –no es casi nada–, pero ahí se refugian y se resumen hoy una dignidad y un deber intangibles de decisión. Una intangible responsabilidad.°

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanchot, Maurice. 1987. *L'écriture du désastre*. Trad. P. de Place. Caracas: Monte Avila.
- Derrida, Jacques. 1989. *La escritura y la diferencia*. Trad. P. Peñalver. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, Jacques. 1992. *Points de suspension*. Paris: Galilée.
- Lacoue-Labarthe, Philippe y Jean-Luc Nancy. 1983. *Le «retrait» du politique*, en *Le retrait du politique*. Paris: Galilée.
- Lacoue-Labarthe, Philippe. 2003. "Agonie terminée, agonie interminable". En *Maurice Blanchot – Récits critiques*. Paris: Farago/Lép Scheer.
- Nancy, Jean-Luc. 2000. *La comunidad inoperante*. Trad. J. M. Garrido. Santiago de Chile: LOM.
- Nancy, Jean-Luc. 2003. *El sentido del mundo*. Trad. J. M. Casas. Buenos Aires: La Marca.
- Nancy, Jean-Luc. 2008. *La verdad de la democracia*. Trad. H. Pons. Madrid: Amorrortu.
- Nietzsche, Friedrich. 2000. *La voluntad de poder*. Trad. A. Froufe. Buenos Aires: Editorial EDAF.
- Platón. 2007. *Carta VII*. Trad. E. Lopez Castellon. Madrid: Espasa Calpe.